

El viejo

7



La casona permanecía silenciosa. Los niños tenían temor de pasar por esa calle, porque sus madres les dijeron que cosas malas sucedían dentro.

La casona señorial en una época, mostraba los estragos de una larga enfermedad. La fachada descascarada estaba poblada de hendiduras. El óxido corroía las grandes ventanas enrejadas. Una capa de polvo cubría los balcones labrados de cedro.

La mañana era calurosa. El sol se introducía en el patio empedrado, donde se encontraba el viejo juez del pueblo, sentado sobre una mecedora apolillada. Vestía un abrigo sucio y deshilachado, una bufanda descolorida en el cuello y sus piernas reumáticas cubiertas por una manta de lana. Leía el diario que llegaba al pueblo con días de retraso. La montura de carey de los lentes ahumados que ajustaba la ganchuda nariz, sensibilizaba en parte ese rostro imperturbable; jamás se había conmovido ante la súplica de algún inocente, al cual sentenciaba a prisión. Ahora, las enfermedades y la soledad de la vejez lo asediaban. Sus amigos con los cuales en noches de juerga y timba, despilfarró el dinero mal habido que llegaba a sus manos, lo habían abandonado. Vivía de la pensión de cesantía que le otorgaba el gobierno. Dejó de leer el diario, cuando en la cocina que estaba a un costado del patio, se produjo un alboroto descomunal que se propagó por toda la casona. El viejo frunciendo el entrecejo, murmuró ¡maldito gato!. (Hacía muchos años, una noche fría y ventosa, donde ni los perros callejeros se atrevieron a sacar sus hocicos negros en la calle, él desde la ventana de su dormitorio había presenciado una rara procesión. Por la calle polvorienta venía un grupo compacto de gatos negros que andaban de dos patas. Un gato que caminaba elásticamente agrandándose ante la luz tenue de los faroles, dirigía la procesión. Detrás le seguían cuatro

gatos corpulentos que cargaban sobre el lomo a otro congénere suyo, que hacía de muerto. Cerraba la procesión un gran número de gatos que maullaban lastimeramente. Al día siguiente la muerte repentina de su padre, enlutó la casona). El alboroto cesó, la puerta ennegrecida por el humo del fogón se abrió y apareció la figura de la empleada; una sordomuda que servía desde niña en la casona. La mujer con el cabello desgredado, el rostro cobrizo empapado de sudor y el brazo surcado por hilos de sangre, agarraba del pescuezo al infeliz animal, el cual trataba de desprenderse de la férrea mano, que como una tenaza lo tenía suspendido en el aire.

El viejo observó un instante al gato que movía temblorosamente el hocico húmedo, como pidiendo clemencia, luego con señas ordenó a la sordomuda cumplir las instrucciones dictadas por él, días antes, por las continuas incursiones del animal a la cocina. La mujer introdujo el gato en un saco y lo sumergió en una tina repleta de agua. Con ambas manos dentro del líquido, contuvo los movimientos estériles del animal, lo cual acentuó más su agonia. Al producirse quietud en las aguas, extrajo el saco de la tina y lo llevó al basural próximo a la casona.

La tarde moría en los cerros que rodeaban al pueblo. El gato que ingresó por la puerta lateral que daba a la calle, pasó por delante del viejo que rígido y con la mirada apagada permanecía en la mecedora y se dirigió lentamente a la cocina.

MARIO GUEVARA PAREDES. Narrador peruano de gran habilidad para el tratamiento del difícil género del cuento corto.

Su libro «El desaparecido», se adentra en el mundo conflictivo del hombre de la urbe.

